

Recontextualizar el Caribe antillano: Tradiciones historiográficas críticas y resignificación del saber histórico desde las Antillas

DOI: <https://doi.org/10.32870/cl.v2i33.8130>

Yurier Fernández Cardoso^{1*}

ORCID: 0000-0002-1895-7869

Universidad Autónoma San Luis Potosí, México

Resumo

Este artículo propone una relectura crítica del Caribe a partir de las tradiciones historiográficas decoloniales, con el objetivo de reposicionar la región como sujeto epistémico y político en los estudios latinoamericanos y caribeños. A través de un análisis historiográfico crítico y una revisión teórica situada, se examinan los aportes de autores caribeños que, aunque no siempre autodefinidos como decoloniales, han contribuido a la crítica de la colonialidad del saber. Como resultado, se formula la categoría analítica de Caribe antillano, que amplía las nociones de insularidad y permite abordar la región desde sus dinámicas históricas, culturales y políticas específicas. Se concluye que repensar el Caribe desde esta perspectiva abre nuevos horizontes de investigación crítica y de producción de saberes situados.

Palabras clave: Caribe antillano, Historiografía decolonial, Colonialidad del saber, Tradiciones críticas, Estudios latinoamericanos y caribeños

Recontextualizing the Caribbean Antillean: Critical Historiographical Traditions and the Re-signification of Historical Knowledge from the Antilles

Abstract

This article offers a critical rereading of the Caribbean through the lens of decolonial historiographical traditions, aiming to reposition the region as an epistemic and political subject within Latin American and Caribbean studies. Using a critical historiographical analysis and a situated theoretical review, it examines the contributions of Caribbean authors who, although not always self-identified as decolonial, have fundamentally challenged the coloniality of knowledge. As a result, it introduces the analytical category of Caribbean Antillean, which broadens the notion of insularity and enables a more dynamic understanding of the region's historical, cultural, and political processes. The article concludes that rethinking the Caribbean from this perspective opens new pathways for critical research and the production of situated knowledge.

Keywords: Caribbean Antillean, Decolonial historiography, Coloniality of knowledge, Critical traditions, Latin American and Caribbean studies

*Historiador y doctorando en Estudios Latinoamericanos en la UASLP. Se ha especializado en historiografía del Caribe, historia intelectual y estudios decoloniales, con experiencia docente y publicaciones académicas. Contacto: yfernandezcardoso@gmail.com

Fernández, Y.

Introducción

La noción de “Caribe” ha sido históricamente objeto de múltiples definiciones, interpretaciones y usos geopolíticos. Esta polisemia responde no solo a su compleja realidad histórica y cultural, sino también a los intereses de quienes han pretendido delimitarlo desde posiciones de poder hegemónico. Bajo esta premisa, la necesidad de recontextualizar el Caribe se impone como una tarea crítica y permanente: no basta con revisarlo en un momento determinado, sino que es necesario volver a contextualizarlo una y otra vez, a medida que las dinámicas históricas (Koselleck, 2001), los enfoques teóricos, las metodologías de investigación y los propios temas emergentes transforman el campo de estudio. Esta perspectiva parte de la idea de que las categorías históricas no son entidades fijas, sino construcciones sujetas a cambios sociales, políticos y epistémicos, como ha subrayado Reinhart Koselleck (2001), quien advierte que los conceptos históricos son continuamente resignificados conforme evolucionan los contextos en los que operan.

Diversos estudios han señalado que el Caribe, tal como lo concebimos hoy, es en buena medida una construcción moderna, “una invención del siglo XX” (Gaztambide, 2017, p. 83). Esta invención no se limita a su dimensión territorial, sino que también implica una representación ideológica que ha tendido a fijar al Caribe en el imaginario global como un espacio periférico, exótico y fragmentado (Gaztambide, 2017, p. 84). Frente a esta representación, las tradiciones historiográficas decoloniales emergen como una vía para subvertir los marcos interpretativos tradicionales, proponiendo una lectura crítica que reconoce al Caribe como sujeto activo de su propia historia.

Este artículo se apoya teóricamente en las tradiciones historiográficas decoloniales caribeñas, las cuales se caracterizan por una crítica al colonialismo, al eurocentrismo, al racismo estructural y a la reproducción de la colonialidad del saber (Mignolo, 2007; Grosfoguel, 2011). Se retoma especialmente la producción intelectual que, desde las Antillas, ha problematizado los dispositivos coloniales de representación histórica y ha reivindicado la voz de los sujetos subalternizados. A partir de este marco, se reivindica un pensamiento crítico caribeño que no solo revisa los procesos históricos, sino que también los reinscribe desde las experiencias locales, las memorias subalternas y los proyectos políticos de resistencia, subrayando así el carácter situado y transformador de la reflexión histórica.

Metodológicamente, el análisis se construye a partir de una revisión crítica de fuentes historiográficas y ensayísticas clave del Caribe antillano, siguiendo un enfoque cualitativo, interpretativo y decolonial. Se privilegia la reflexión teórica sobre las categorías de análisis y la genealogía de los discursos históricos, considerando las obras de autores que han tensionado las nociones convencionales de territorio, identidad y cultura caribeña. No se pretende una cobertura exhaustiva de la vasta producción existente, sino más bien una problematización selectiva que permita visibilizar los principales desplazamientos epistemológicos impulsados desde las tradiciones decoloniales.

La estructura del artículo responde a esta lógica argumentativa. En primer lugar, se abordará la construcción histórica y geopolítica del Caribe como categoría, identificando sus orígenes conceptuales y las tensiones que atraviesan su definición. Posteriormente, se analizarán los principales aportes de las tradiciones historiográficas decoloniales en el espacio antillano, con énfasis en su crítica al eurocentrismo y su reivindicación de las memorias subalternas. Más adelante, se discutirán las posibilidades que ofrece el pensamiento crítico decolonial para resignificar el Caribe dentro de las dinámicas de la historia global, abriendo nuevas rutas de interpretación y agencia. Finalmente, se planteará una propuesta de recontextualización crítica que permita situar al Caribe no como objeto de estudio subordinado, sino como sujeto epistémico en constante movimiento y resignificación.

El Caribe: una construcción histórica y geopolítica

La definición del Caribe ha sido objeto de constantes transformaciones a lo largo del tiempo, mostrando que su identidad no es un hecho natural, sino una construcción histórica determinada por intereses políticos, económicos y culturales. Originalmente asociado a los pueblos indígenas caribes, el término fue adquiriendo connotaciones geográficas y estratégicas que desplazaron su sentido étnico inicial para convertirse en un instrumento de clasificación y control regional (Gaztambide, 2017, p. 83). Esta evolución semántica revela que el Caribe no puede ser comprendido como una entidad inmutable, sino como un espacio de significados en permanente disputa.

Diversos autores han enfatizado que el Caribe, tal como lo entendemos hoy, es producto de una invención moderna, impulsada principalmente en el contexto del siglo XX (Gaztambide, 2017; Hobsbawm y Ranger, 1983). La reorganización geopolítica mundial tras las guerras mundiales, sumada al contexto de la Guerra Fría, provocó una resignificación de la región en términos de interés estratégico y de control hemisférico. Así, el Caribe pasó a ser percibido no solo como un conjunto de islas y territorios, sino como una zona geoestratégica clave dentro del sistema mundial capitalista, especialmente para Estados Unidos (Báez Everts, 2010, p. 45). Esta resignificación refuerza la idea de que el Caribe no es únicamente un dato geográfico, sino también una construcción política.

La pluralidad de definiciones sobre el Caribe responde precisamente a las tensiones entre las distintas miradas que buscan delimitarlo. Desde enfoques estrictamente geográficos que lo restringen al área insular bañada por el mar Caribe, hasta perspectivas históricas que integran territorios continentales como parte de un mismo proceso colonial y esclavista, el Caribe aparece como una región moldeada por flujos de población, economías extractivas y proyectos imperiales (Grosfoguel, 1996, p. 21). La amplitud de estas definiciones, lejos de ser un defecto, evidencia la riqueza y complejidad de una región que ha sido atravesada por la violencia colonial, la resistencia cultural y la constante movilidad humana.

Aceptar esta complejidad implica reconocer que la categoría “Caribe” no puede reducirse a una delimitación física ni a una identidad esencializada. El Caribe debe pensarse como un espacio de relaciones dinámicas, donde convergen diversas experiencias históricas de conquista, esclavización, independencia, migración y globalización. De hecho, su papel en las dinámicas del sistema-mundo moderno-colonial ha sido tan significativo que, como advierte Mignolo (2007, p. 17), América Latina y el Caribe fueron las primeras regiones plenamente insertadas en una lógica de colonialidad global, cuya impronta persiste hasta hoy en las formas de dependencia económica, racialización social y epistemología subalterna.

Esta perspectiva crítica conduce a cuestionar las representaciones hegemónicas que han fijado al Caribe como periferia exótica, despolitizada y homogénea. Tales imágenes han servido para consolidar un orden de saber colonial que invisibiliza la agencia histórica de los pueblos caribeños y naturaliza su condición subordinada. Recontextualizar el Caribe, en este sentido, supone desmontar estos discursos y situarlo como un sujeto epistémico que ha producido saberes, movimientos de resistencia y alternativas civilizatorias desde sus propias trayectorias históricas (Wynter, 1995, p. 37).

Por tanto, pensar el Caribe como una construcción histórica y geopolítica implica asumir su carácter de encrucijada: no un espacio marginal, sino un núcleo articulador de procesos globales. Desde las rutas de la trata trasatlántica hasta los movimientos revolucionarios y los actuales flujos migratorios, el Caribe ha sido y sigue siendo un escenario clave para comprender las dinámicas de poder, cultura y conocimiento en el mundo moderno. Este enfoque obliga a descentrar las narrativas tradicionales y a reconocer en el Caribe no solo un objeto de estudio, sino un horizonte de producción teórica y política indispensable para los debates decoloniales contemporáneos.

Tradiciones historiográficas decoloniales en el Caribe Antillano

El uso del término tradiciones historiográficas decoloniales en este artículo responde a una decisión consciente de evitar las limitaciones que llevan nociones más cerradas como “escuela”, “movimiento” o “corriente”. A diferencia de estos conceptos, que suelen remitir a grupos organizados, delimitados en el tiempo y homogéneos en sus principios, el término “tradiciones” permite capturar la diversidad, la heterogeneidad y la dispersión geográfica e intelectual que caracteriza a los aportes caribeños críticos frente a la colonialidad. Aquí, “tradiciones” no implica necesariamente continuidad lineal ni adhesión consciente a un programa común, sino la existencia de líneas de pensamiento, sensibilidades críticas y prácticas historiográficas que, aunque diversas, comparten un horizonte de descolonización del saber.

Esta noción de tradiciones se vincula, en sentido amplio, con la idea de “tradición inventada” formulada por Eric Hobsbawm y Terence Ranger (1983), en tanto reconoce que las prácticas intelectuales de resistencia en el Caribe no surgieron de manera espontánea ni fueron “naturales”, sino que fueron construcciones históricas que respondieron a contextos de dominación colonial y de disputa por la representación histórica. Nombrar estos desarrollos como “tradi-

Fernández, Y.

ciones” permite subrayar su carácter dinámico, procesual y político, evitando a la vez excluir a autores que, aunque no se identificaran como decoloniales ni pertenecieran a redes académicas específicas, realizaron aportes fundamentales a la crítica de la colonialidad del poder, del saber y del ser. De este modo, la categoría tradiciones historiográficas decoloniales resulta más adecuada para abarcar la complejidad del pensamiento crítico caribeño y su contribución a la relectura de las historias subalternas.

Las tradiciones historiográficas decoloniales en el Caribe Antillano pueden definirse como aquellos conjuntos de prácticas intelectuales que buscan desafiar, reinterpretar y superar los marcos coloniales y eurocéntricos que han estructurado la producción de conocimiento histórico sobre la región. A diferencia de las historias tradicionales que reproducen el punto de vista de las metrópolis coloniales, estas tradiciones se centran en las experiencias locales de resistencia, en la agencia de los pueblos oprimidos y en las dinámicas culturales propias del Caribe. Como sostiene Michel-Rolph Trouillot (1995), la historiografía convencional ha silenciado sistemáticamente las voces subalternas, y una tarea crucial de las tradiciones decoloniales es precisamente darles visibilidad (p. 29).

Una característica esencial de estas tradiciones es su crítica frontal a la colonialidad. Esta operación crítica implica tanto un trabajo de recuperación como de reconstrucción epistemológica. En este sentido, Aníbal Quijano (2000) definió la “colonialidad del saber” como el proceso mediante el cual el conocimiento europeo se impuso como criterio de verdad universal, invisibilizando los sistemas de conocimiento propios de las sociedades colonizadas. Las tradiciones historiográficas decoloniales en el Caribe se sitúan precisamente en la ruptura de esta colonialidad, proponiendo otras formas de narrar, entender y producir historia.

Intelectuales como Aníbal Quijano (2000) y Ramón Grosfoguel (2011) han insistido en que no basta con independizarse políticamente: es necesario también desmontar las estructuras de conocimiento que legitiman jerarquías raciales y epistémicas. Desde esta perspectiva, los historiadores decoloniales caribeños no solo recuperan episodios de resistencia o figuras olvidadas, sino que replantean categorías fundamentales como civilización, modernidad y nación, interrogando los supuestos bajo los cuales han sido narradas. Esta operación crítica implica tanto un trabajo de recuperación como de reconstrucción epistemológica.

Las tradiciones decoloniales en el Caribe no constituyen, sin embargo, un bloque homogéneo. Dentro de ellas pueden distinguirse diversos enfoques que reflejan las trayectorias y preocupaciones específicas de los autores y los contextos en los que escriben. Por un lado, encontramos una vertiente marxista, representada por figuras como C.L.R. James, quien en *The Black Jacobins* (1938) analizó la revolución haitiana como una gesta de los oprimidos que transformó la historia mundial. Desde otra perspectiva, Eric Williams, en *Capitalism and Slavery* (1944), vinculó el desarrollo del capitalismo europeo con la explotación de las colonias caribeñas, subrayando el papel central de la región en el surgimiento del orden moderno (Williams, 1964).

Junto a estos enfoques económicos, emergen también tradiciones culturalistas que ponen énfasis en la construcción simbólica de las identidades caribeñas. Elsa Goveia (Goveia, 1965), por ejemplo, estudió las estructuras sociales del Caribe colonial desde una perspectiva que combinaba análisis económico y cultural, anticipando preocupaciones que más tarde serían centrales en los estudios poscoloniales. De manera complementaria, la obra de Stuart Hall (1990) aportó un marco conceptual para entender el Caribe como un espacio de hibridez, diáspora y constante rearticulación identitaria. Estas tradiciones subrayan que la decolonialidad no se limita a un campo económico o político, sino que también atraviesa los lenguajes, las memorias y las representaciones.

Otro rasgo distintivo de las tradiciones historiográficas decoloniales caribeñas es su íntima conexión con proyectos de emancipación política y cultural. Lejos de constituir un ejercicio académico aislado, los textos de muchos historiadores decoloniales han sido parte de procesos más amplios de lucha anticolonial, de afirmación nacional y de reivindicación de derechos. Walter Rodney, con su obra *How Europe Underdeveloped Africa* (1972), aunque centrada en África, resonó profundamente en el Caribe, al ofrecer un análisis de la explotación colonial que fortaleció las bases teóricas de las luchas regionales contra la dependencia (Rodney, 1972).

En consecuencia, las tradiciones historiográficas decoloniales del Caribe Antillano deben ser entendidas como

un campo dinámico, diverso y en permanente construcción. No solo han permitido reconstruir historias silenciadas, sino que han promovido nuevos marcos interpretativos que desplazan las lógicas coloniales y eurocéntricas. Desde el marxismo caribeño hasta los estudios culturales poscoloniales, estas tradiciones han contribuido a configurar un Caribe que no es simplemente objeto de estudio, sino un sujeto epistémico capaz de producir interpretaciones críticas de su propio devenir histórico.

Aportes del pensamiento crítico decolonial al estudio del Caribe

El pensamiento crítico decolonial ha significado una renovación fundamental en la forma de comprender la historia, la cultura y las dinámicas sociales del Caribe. Frente a las narrativas eurocéntricas que históricamente presentaron al Caribe como un espacio de carencia, imitación o dependencia, el enfoque decolonial reivindica la región como un núcleo de producción histórica, cultural y epistémica propio. Esta inversión de perspectiva permite no solo reconsiderar los procesos históricos, sino también reconfigurar las categorías mismas mediante las cuales se interpretan fenómenos como la identidad, la resistencia o la modernidad (Mignolo, 2007, p. 17). Como ha señalado Sylvia Wynter (1995), esta relectura crítica exige desplazar el modelo del “hombre universal” producido por el humanismo occidental y abrir paso a la multiplicidad de sujetos históricos que emergen desde los márgenes del proyecto colonial moderno.

Uno de los principales aportes del pensamiento decolonial ha sido el cuestionamiento radical de los marcos historiográficos tradicionales. En lugar de aceptar sin crítica las cronologías, las narrativas de progreso o las categorías de civilización impuestas desde Europa, los enfoques decoloniales plantean la necesidad de partir de las experiencias, memorias y prácticas históricas propias del Caribe. Esto implica reconocer, como afirma Grosfoguel (2011), que el eurocentrismo no es simplemente un prejuicio cultural, sino una estructura de poder que organiza el conocimiento a nivel global (p. 28). Desde esta óptica, la historia del Caribe no es una derivación marginal de la historia europea, sino un proceso autónomo que requiere ser narrado desde sus propios códigos y trayectorias.

El pensamiento crítico decolonial también ha permitido visibilizar las aportaciones de autores caribeños que, aunque no se definieron como “decoloniales”, contribuyeron decisivamente a desmontar las matrices coloniales del saber. Intelectuales como Fernando Ortiz en Cuba, con su propuesta de “transculturación” (Ortiz, 1947, p. 98), o Jean Casimir en Haití, con su reconstrucción del proyecto campesino haitiano posterior a la independencia (Casimir, 2001, p. 45), desafilaron las narrativas coloniales y propusieron lecturas alternativas del ser caribeño. Estos aportes, aunque anteriores a la formalización del pensamiento decolonial como campo académico, anticipan muchos de sus postulados fundamentales.

Es necesario subrayar que muchos de estos autores no solo no se autodefinieron como decoloniales, sino que tampoco han sido reconocidos plenamente como tales por parte de la academia contemporánea. Algunos fueron marginados por no adherirse a los discursos revolucionarios hegemónicos, como es el caso de Manuel Moreno Friguals ((Moreno Friguals, 1978), cuya mirada crítica sobre la economía esclavista cubana no siempre fue celebrada por la historiografía oficialista. Otros, como Juan Manuel Carrión en Puerto Rico o Franklin Franco en República Dominicana, desarrollaron sus trabajos en condiciones de exilio o desde academias norteamericanas y europeas, lo que provocó que sus propuestas fueran vistas con recelo desde los centros de poder político en el Caribe.

Sin embargo, sostener que estos autores son meros “antecedentes” del pensamiento decolonial contemporáneo implica minimizar la profundidad de sus críticas y la radicalidad de sus propuestas. Si bien es cierto que el término “decolonial” emerge como categoría organizada en contextos posteriores, las prácticas críticas de estos pensadores caribeños ya contenían una desestabilización activa del discurso colonial, una reivindicación de las memorias subalternas y una apuesta por epistemologías otras. Negar su carácter decolonial por razones cronológicas o institucionales sería desconocer su contribución fundamental a la genealogía del pensamiento crítico anticolonial en el Caribe.

Existe actualmente una tendencia dentro de los estudios decoloniales a reconocer la influencia de estos autores caribeños históricos, pero a la vez mantener una separación conceptual. Autores como Grosfoguel (2011) o Quijano (2000) reconocen la inspiración que ofrecen las luchas caribeñas, pero tienden a reservar el término “decolonial” para

Fernández, Y.

los marcos teóricos contemporáneos más sistemáticos. Este distanciamiento, aunque comprensible desde un punto de vista académico, invisibiliza la continuidad histórica de las luchas intelectuales y políticas del Caribe. Un ejemplo de esta influencia histórica es el propio Enrique Dussel, quien, durante su estancia en Puerto Rico, reconoció en diversas ocasiones la importancia decisiva que esa experiencia tuvo para el desarrollo inicial de su pensamiento crítico, marcando su posterior trayectoria filosófica decolonial. Es preciso afirmar que el pensamiento crítico decolonial no nace ex nihilo, sino que hunde sus raíces en estas experiencias previas que, aunque no se nombraran como decoloniales, ya operaban bajo una lógica de resistencia epistemológica.

Contra la idea de que solo los pensadores contemporáneos formalmente decoloniales pueden reclamar este legado, resulta más preciso plantear que existe una tradición caribeña de pensamiento crítico que, independientemente de las etiquetas, ha contribuido decisivamente a las luchas contra la colonialidad del poder, del saber y del ser. Así, la obra de Elsa Goveia sobre las estructuras coloniales de plantación, el análisis de la cultura popular cubana realizado por Ortiz, la reconstrucción histórica de la revolución haitiana emprendida por Carolyn Fick (1990, p. 62) y las intervenciones críticas de José Luis González sobre la identidad puertorriqueña forman parte de un corpus que no puede ser separado de la trayectoria decolonial.

Además, el pensamiento decolonial ha impactado en la manera en que se conciben las metodologías historiográficas en el Caribe. Frente a la visión archivística tradicional, la historia oral, las prácticas culturales, los lenguajes rituales y las expresiones artísticas han sido reivindicadas como fuentes legítimas para reconstruir los procesos históricos. Esta expansión metodológica, defendida por autores como Casimir (2001) en su estudio del campesinado haitiano, no solo permite rescatar voces silenciadas, sino que también redefine el propio concepto de “archivo” desde una perspectiva decolonial.

Se podría plantear que el aporte más profundo del pensamiento crítico decolonial al estudio del Caribe radica en su capacidad de politizar el conocimiento histórico. Al vincular las narrativas del pasado con los proyectos de emancipación presentes y futuros, esta corriente convierte la historia en una herramienta activa de transformación social. Recuperar la historia caribeña desde una perspectiva decolonial implica no solo narrar resistencias, sino también imaginar futuros posibles más allá de las lógicas de explotación, racismo y exclusión que aún persisten en la región.

Entre los principales aportes del pensamiento crítico decolonial caribeño se pueden destacar varios ejes fundamentales. En primer lugar, la crítica sistemática al eurocentrismo como matriz de producción histórica y cultural. En segundo término, la recuperación de las memorias subalternas y la reivindicación de las resistencias locales frente al colonialismo. En tercer lugar, la ampliación metodológica que incorpora la oralidad, los rituales y las expresiones populares como fuentes legítimas de conocimiento histórico. En cuarto término, la problematización de categorías como raza, nación y civilización desde una perspectiva situada y contrahegemónica. Finalmente, la politización del saber histórico, entendida como la articulación entre el conocimiento y los proyectos de emancipación social, constituye un legado esencial de estas tradiciones.

La vigencia de estos aportes es innegable en el contexto contemporáneo. En un mundo donde persisten las lógicas de explotación, exclusión y colonialidad, las propuestas críticas elaboradas desde el Caribe siguen ofreciendo herramientas indispensables para desmantelar narrativas hegemónicas y construir alternativas epistémicas. Reivindicar el pensamiento crítico caribeño no implica un mero ejercicio de recuperación histórica, sino un acto de reafirmación política y cultural que reconoce en estas tradiciones una fuente viva de reflexión, resistencia y creación de nuevos horizontes posibles para las sociedades caribeñas y globales.

Hacia una recontextualización crítica del Caribe

La necesidad de replantear la mirada sobre el Caribe no responde únicamente a un imperativo académico, sino a una exigencia política y epistémica derivada de su condición histórica de región subalternizada. Reformular los marcos interpretativos desde los cuales se ha pensado la región implica desbordar las categorías coloniales, eurocéntricas y desarrollistas que la han encasillado como espacio periférico. Se trata de reconocer la agencia histórica del Caribe y asumir

que su complejidad solo puede ser captada mediante enfoques que partan de su historicidad propia, de sus dinámicas internas y de sus proyectos inacabados de emancipación (Grosfoguel, 2011, p. 28). Esta tarea supone también cuestionar las jerarquías epistémicas que han ubicado al Caribe como un objeto de observación externa, relegándolo a una posición de marginalidad en el saber global.

Esta revisión crítica no puede ser entendida como un acto puntual, sino como un ejercicio permanente de actualización. La historia caribeña es un entramado en constante transformación, atravesado por migraciones, hibridaciones culturales, conflictos sociales y reorganizaciones económicas que desafían cualquier intento de fijarlo en una identidad estática. Por tanto, repensar el Caribe exige estar atentos a sus mutaciones y a las formas emergentes de resistencia y afirmación cultural que surgen en respuesta a los cambios globales (Hall, 1990, p. 222). Cada ciclo histórico impone nuevas preguntas y desafíos, obligando a revisar las herramientas teóricas y metodológicas con las que abordamos el devenir caribeño.

Contra las visiones que presentan a la región como una entidad homogénea o como simple prolongación de dinámicas externas, urge insistir en su carácter plural, contradictorio y creativo. No existe un único Caribe, sino múltiples formas de ser y habitar la región, marcadas por las diferencias de lengua, religión, organización social, herencias coloniales y trayectorias políticas. Reducirlo a un estereotipo de homogeneidad cultural o dependencia económica sería, en última instancia, reproducir la violencia epistémica que las tradiciones decoloniales buscan desmontar. Esta heterogeneidad exige reconocer las historias de insularidad, de continentalidad, de diáspora y de intercambio que han tejido la identidad caribeña en su compleja riqueza.

Esta heterogeneidad exige reconocer las historias de insularidad, de continentalidad, de diáspora y de intercambio que han tejido la identidad caribeña en su compleja riqueza. Tal como plantea Stuart Hall (1990), la identidad cultural en el Caribe debe ser entendida como un “punto de partida” en constante transformación, una hibridez histórica que desborda cualquier intento de fijación esencialista o geográfica.

Reposicionar el Caribe en las narrativas históricas implica superar también las limitaciones del nacionalismo metodológico, que ha fragmentado la comprensión regional en unidades estatales aisladas. Si bien las historias nacionales cumplieron funciones importantes en la afirmación de proyectos soberanos, su reproducción acrítica puede oscurecer las redes de conexión, solidaridad y resistencia transinsulares que caracterizan la historia caribeña. La mirada crítica impulsa, en este sentido, una relectura regional que privilegie las tramas comunes, sin negar las diferencias locales (Ortiz, 1947, p. 102). En este enfoque, conceptos como “Gran Caribe” o “Caribe histórico” cobran renovada importancia para comprender los procesos de integración y diferenciación simultáneos.

Un elemento esencial en esta empresa es reconocer al Caribe no como objeto de estudio, sino como sujeto epistémico. Este desplazamiento implica asumir que la producción de conocimiento no puede ser un ejercicio de observación externa, sino una práctica situada, comprometida con las realidades históricas y las aspiraciones emancipatorias de sus pueblos (Trouillot, 1995, p. 31). La voz caribeña debe ser entendida no solo como testimonio, sino como acto de enunciación crítica, capaz de generar teoría, construir sentidos y disputar significados en el campo global de la producción de saber.

Al mismo tiempo, resulta indispensable incorporar en las reconstrucciones históricas las memorias subalternas, los relatos populares, las expresiones artísticas y las prácticas culturales sistemáticamente marginadas por las narrativas oficiales. No se puede comprender el devenir caribeño solo desde los archivos coloniales o las voces de las élites; es necesario abrir el archivo a las formas vivas de la memoria popular, a las historias contadas en la música, la oralidad, la religión y los gestos cotidianos de resistencia (Casimir, 2001, p. 45). Este enfoque permite no solo recuperar la agencia histórica de los sectores subalternos, sino también construir una historia que dialogue con los sentimientos, las emociones y las sensibilidades colectivas.

Desde un enfoque decolonial, resignificar el Caribe también supone reconocer su papel en la gestación de alternativas civilizatorias. Las revoluciones de independencia, las resistencias culturales, las producciones literarias y los proyectos sociales emergidos en el Caribe ofrecen modelos históricos de ruptura con las lógicas coloniales de poder, ser

Fernández, Y.

y saber. Estos procesos no deben ser vistos como anomalías, sino como manifestaciones activas de creatividad política y cultural que enriquecen el imaginario global (Wynter, 1995, p. 38). Cada uno de estos momentos constituye no solo un hecho histórico, sino también una interpelación ética a los sistemas de dominación vigentes.

Frente a las interpretaciones que presentan al Caribe como una región condenada a la dependencia o al atraso, es necesario reivindicar su capacidad de innovación histórica y su potencial epistémico. Lejos de ser una periferia pasiva, la región ha generado prácticas, discursos y movimientos que han impactado en las dinámicas globales, desde la revolución haitiana hasta las luchas contemporáneas por la autodeterminación y la justicia social. Esta agencia histórica del Caribe debe ser entendida como un proceso dinámico, que no solo responde a estímulos externos, sino que produce respuestas, alternativas y horizontes propios.

No obstante, el relanzamiento de una lectura crítica sobre el Caribe enfrenta desafíos complejos. La intensificación de los flujos migratorios, la globalización neoliberal, el impacto devastador del cambio climático en las islas y la mercantilización de las culturas locales son fenómenos que tensionan los marcos interpretativos tradicionales. Comprender el Caribe actual exige atender simultáneamente a las continuidades de la colonialidad y a las transformaciones que reconfiguran sus realidades. Esta doble mirada, crítica y situada, resulta indispensable para construir análisis que no queden atrapados ni en la nostalgia ni en los discursos triunfalistas.

Finalmente, repensar la región implica optar por enfoques teóricos y metodológicos plurales y situados. No basta con adaptar categorías externas: es necesario construir instrumentos analíticos que broten de las experiencias históricas, políticas y culturales del propio Caribe. Esto demanda una articulación entre historia, sociología, antropología, literatura y estudios culturales, reconociendo la necesidad de un conocimiento transdisciplinario y profundamente comprometido con la transformación social. Además, implica un acto de humildad epistémica: escuchar las voces locales, reconocer los saberes no académicos y aceptar la incompletitud como parte constitutiva del saber.

En definitiva, reformular la mirada sobre el Caribe es un acto político, ético y epistémico. Es un llamado a pensar desde el Caribe, con el Caribe y para el Caribe, no solo para comprender su complejidad histórica, sino también para alimentar las luchas contemporáneas por la dignidad, la justicia y la libertad. En esta tarea, las tradiciones historiográficas críticas no son simplemente antecedentes, sino fuentes vivas de inspiración para construir futuros más justos y plurales, capaces de desbordar las narrativas coloniales y de afirmar la potencia creativa de los pueblos caribeños.

Una propuesta de categoría analítica: el Caribe antillano como campo de relectura crítica

La revisión crítica de las categorías utilizadas para pensar el Caribe es una necesidad ineludible en el contexto contemporáneo de los estudios latinoamericanos y caribeños. Como parte de esta reflexión, propongo recuperar y reformular el concepto de Caribe antillano como una categoría analítica específica, capaz de superar las limitaciones de otras nociones convencionales como la de “Caribe insular”. Esta propuesta surge del diálogo con las tradiciones historiográficas críticas de la región, y se alimenta de la necesidad de contar con herramientas conceptuales más ajustadas a la complejidad histórica, cultural y política que caracteriza a las Antillas.

El Caribe antillano, entendido aquí, no se limita a una referencia geográfica o física. Aunque incluye la dimensión insular, la trasciende al incorporar procesos históricos, dinámicas de resistencia, trayectorias de hibridación cultural y configuraciones políticas que han definido a las sociedades antillanas desde el periodo colonial hasta la contemporaneidad. El énfasis no está en la condición de “isla” como entidad física aislada, sino en la construcción de experiencias sociales y epistémicas que, aunque diversas, comparten una serie de tramas históricas comunes marcadas por la violencia colonial, la trata trasatlántica, las luchas independentistas y la constante producción de formas alternativas de vida y saber.

A diferencia de la noción de “insularidad”, que tiende a privilegiar la geografía y a veces a acentuar las narrativas de aislamiento o marginalidad, el concepto de Caribe antillano apuesta por una visión dinámica, histórica y crítica de la región. Lo antillano no es simplemente ser isla, sino haber sido conformado por procesos de intercambio, conflicto, migración y resignificación cultural que desbordan los límites físicos. De esta forma, el término permite capturar tanto

la especificidad histórica de las Antillas como su profunda interconexión con las dinámicas globales, sin caer en reduccionismos geográficos ni en esencialismos culturales.

Esta categoría de Caribe antillano se nutre, además, del legado crítico de autores caribeños que, aunque no se autodefinieron como decoloniales, contribuyeron decisivamente a desmontar las matrices coloniales de interpretación. Las obras de Fernando Ortiz en Cuba (Ortiz, 1947), de Jean Casimir en Haití (Casimir, 2001), de José Luis González en Puerto Rico (González, 1980) y de Franklin Franco en República Dominicana (Franco, 1997), entre muchos otros, permiten articular una comprensión del Caribe que privilegia la agencia histórica de sus pueblos, la centralidad de las memorias subalternas y la creatividad cultural como forma de resistencia. Mi propuesta parte precisamente de ese legado, reconociendo en él una base sólida para resignificar el análisis regional.

El Caribe antillano, tal como lo propongo, incluye categorías analíticas fundamentales como la memoria histórica subalterna, la resistencia cultural, la hibridez identitaria, la transinsularidad y la persistencia de la colonialidad en sus múltiples dimensiones. Además, asume la necesidad de pensar lo antillano como un espacio de encrucijada, donde lo local y lo global, lo insular y lo continental, lo indígena, africano y europeo, se entrelazan en configuraciones inéditas que desafían los marcos tradicionales de interpretación histórica y cultural.

Esta categoría resulta especialmente útil en el campo de los estudios latinoamericanos y caribeños porque permite un abordaje crítico que no subsume la especificidad caribeña dentro de narrativas latinoamericanistas generales, ni la reduce a una condición de periferia cultural. El Caribe antillano ofrece un marco que reconoce la singularidad de la región y, al mismo tiempo, su capacidad de producir discursos, prácticas y proyectos políticos que dialogan críticamente con las dinámicas hemisféricas y globales. En este sentido, reubicar lo antillano como categoría analítica implica también una toma de posición política respecto a los modos en que se construye conocimiento sobre el Caribe.

Utilizar esta categoría en la investigación actual abre posibilidades para el análisis comparativo entre distintos espacios antillanos, para el estudio de redes de resistencia transinsulares, para la exploración de las memorias históricas que cruzan fronteras estatales y para la revisión crítica de las narrativas nacionales y coloniales que aún estructuran muchos discursos históricos. También permite repensar procesos contemporáneos como las migraciones caribeñas, la reconfiguración de identidades diáspóricas y los movimientos sociales que reclaman justicia racial, económica y ambiental desde perspectivas situadas.

En suma, la propuesta de pensar el Caribe antillano como categoría analítica crítica no busca clausurar interpretaciones ni imponer nuevas ortodoxias, sino abrir un campo de reflexión más ajustado a la complejidad y dinamismo de la región. Se trata de una invitación a leer el Caribe desde sus propias trayectorias, contradicciones y potencias, reconociendo que lo antillano es tanto un espacio de memoria como un horizonte de posibilidad histórica. Frente a los desafíos actuales, este enfoque ofrece una herramienta teórica flexible y crítica para contribuir a la construcción de saberes más plurales, situados y emancipadores.

Conclusiones

Pensar el Caribe antillano es pensar la historia desde sus fracturas, sus memorias subterráneas y sus potencias insumisas. Esta afirmación condensa la apuesta crítica que ha guiado este trabajo: repensar el Caribe no como una periferia del mundo moderno, sino como un núcleo generador de prácticas históricas, saberes situados y alternativas epistémicas que desafían las matrices coloniales (Grosfoguel, 2011). La categoría de Caribe antillano, propuesta en estas páginas, emerge precisamente de la necesidad de contar con un instrumento analítico que permita capturar la especificidad histórica, política y cultural de las Antillas sin reducirlas a un dato geográfico o a un residuo de la colonialidad. De esta forma, el Caribe deja de ser un objeto pasivo de representación para convertirse en un agente activo en la producción de saberes críticos y proyectos emancipatorios.

A lo largo del análisis se ha insistido en que las tradiciones historiográficas decoloniales caribeñas, aunque heterogéneas y diversas, comparten un horizonte de crítica radical al eurocentrismo y a la colonialidad del saber (Quijano, 2000). Recuperar estas tradiciones no significa canonizar a ciertos autores ni congelar sus aportes en un catálogo

Fernández, Y.

de referencias, sino más bien abrir un campo de lectura en el que las voces históricamente subalternizadas reclamen su lugar como productoras de sentido y de teoría. El pensamiento crítico caribeño, en este sentido, no es un antecedente menor de las corrientes decoloniales contemporáneas, sino un pilar fundamental que ofrece claves imprescindibles para comprender los entramados de poder, cultura y subjetividad en el mundo moderno-colonial.

La propuesta del Caribe antillano busca precisamente ofrecer un marco de análisis más adecuado para enfrentar los desafíos que plantea la investigación histórica y cultural en la región. Frente a las categorías de “insularidad” o “Caribe geográfico”, que tienden a invisibilizar las dinámicas de resistencia, hibridez y transinsularidad que atraviesan las sociedades caribeñas, lo antillano se plantea como una categoría viva, procesual y política. Pensar desde lo antillano implica reconocer la simultaneidad de herencias coloniales, prácticas emancipatorias y procesos de resignificación cultural que conforman la experiencia histórica del Caribe, así como asumir la necesidad de abrir nuevos horizontes teóricos que escapan a las narrativas lineales y homogéneas impuestas desde la metrópoli.

Esta apuesta crítica no pretende clausurar debates ni ofrecer un marco definitivo. Por el contrario, se plantea como una invitación abierta a seguir problematizando las formas en que se produce conocimiento sobre y desde el Caribe. En este sentido, el Caribe antillano debe ser pensado no solo como objeto de estudio, sino como sujeto epistémico capaz de generar discursos críticos, teorías situadas y prácticas transformadoras que interpelan tanto a las narrativas académicas tradicionales como a los nuevos proyectos de investigación comprometida. La tarea no es menor: implica desafiar las lógicas de exclusión que aún permean la academia global y construir espacios de legitimación para saberes nacidos en contextos de colonialidad persistente.

Recontextualizar el Caribe antillano supone también asumir la incompletitud como condición del saber. La historia de las Antillas es una historia de fracturas, diásporas, silencios y resistencias que desafian cualquier intento de sistematización totalizadora (Trouillot, 1995). Asumir esa complejidad no es una debilidad metodológica, sino una apuesta ética y política por construir narrativas abiertas, sensibles a la diversidad de experiencias, memorias y luchas que configuran la región. Esta perspectiva invita a pensar no en términos de identidades cerradas, sino en procesos de identificación múltiples, inestables y profundamente enraizados en trayectorias históricas de conflicto y creatividad.

En un momento en que la colonialidad persiste bajo nuevas formas —económicas, culturales, epistémicas—, recuperar y resignificar las tradiciones críticas caribeñas se vuelve una tarea urgente ((Wynter, 1995). No se trata de nostalgia, ni de reivindicar un pasado idealizado, sino de activar las memorias de resistencia y creatividad que siguen latiendo en las prácticas cotidianas, en los saberes populares y en las insurgencias culturales de los pueblos antillanos. En la música, en la literatura, en las religiosidades populares y en las luchas sociales contemporáneas resuenan los ecos de una historia no vencida, una historia que aún reclama su lugar en la configuración de futuros alternativos.

Pensar el Caribe antillano como categoría analítica, política y ética implica comprometerse con un proyecto de conocimiento situado, crítico y emancipador. Significa reconocer que las luchas del pasado no han terminado, que las fracturas de la historia son también fisuras por donde pueden germinar futuros otros. Y significa, sobre todo, aceptar que el Caribe, lejos de ser un borde del mundo, ha sido —y sigue siendo— uno de sus centros invisibilizados, un espacio donde se ensayan, resisten y crean formas alternativas de vida y de pensamiento. En este acto de relectura crítica reside la posibilidad no solo de comprender el Caribe, sino de imaginar, desde él, otros modos de estar en el mundo.

Referencias

- Carrión, J. M. (1983). *Crítica de la razón populista*. Editorial Huracán.
- Casimir, J. (2001). *La cultura oprimida*. Siglo XXI Editores.
- Dussel, E. (2007). *Política de la liberación: Historia mundial y crítica*. Trotta.
- Fick, C. (1990). *The making of Haiti: The Saint Domingue Revolution from below*. University of Tennessee Press.
- Franco, F. (1997). *Historia del pueblo dominicano*. Editora Taller.
- Gaztambide-Géigel, A. (2017). *La invención del Caribe: Ensayos de crítica cultural*. Ediciones Callejón.
- González, J. L. (1980). *El país de cuatro pisos y otros ensayos*. Ediciones Huracán.

- Goveia, E. (1965). *Slave society in the British Leeward Islands at the end of the eighteenth century*. Yale University Press.
- Grosfoguel, R. (1996). Colonialidad global, capitalismo y hegemonía epistémica en el sistema mundial. *Tabula Rasa*, (1), 1–31.
- Grosfoguel, R. (2011). Decolonizando los estudios decoloniales: Entrevista a Ramón Grosfoguel. *Tabula Rasa*, (14), 219–245.
- Hall, S. (1990). Cultural identity and diaspora. In J. Rutherford (Ed.), *Identity: Community, culture, difference* (pp. 222–237). Lawrence & Wishart.
- Hobsbawm, E., & Ranger, T. (Eds.). (1983). *The invention of tradition*. Cambridge University Press.
- Koselleck, R. (2001). *Futuros pasados: Para una semántica de los tiempos históricos*. Paidós.
- Moreno Fraginals, M. (1978). *El ingenio: Complejo económico-social cubano del azúcar*. Editorial de Ciencias Sociales.
- Ortiz, F. (1947). *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*. Jesús Montero Editor.
- Quijano, A. (2000). Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina. *Ediciones CLACSO*.
- Rodney, W. (1972). *How Europe underdeveloped Africa*. Bogle-L’Ouverture Publications.
- Trouillot, M.-R. (1995). *Silencing the past: Power and the production of history*. Beacon Press.
- Williams, E. (1964). *Capitalism and slavery*. University of North Carolina Press.
- Wynter, S. (1995). 1492: A new world view. In V. L. Hyatt & R. Nettleford (Eds.), *Race, discourse and the origin of the Americas: A new world view* (pp. 5–57). Smithsonian Institution Press.